

# La escritora y la máscara

Por Patricia de Souza

**NARRATIVA.** NUESTRA ÉPOCA está marcada por una frontera cada vez menos visible entre la vida privada y la vida pública, el Facebook, el Twitter, han convertido cualquier anécdota personal en objeto de dominio público. La biografía lucha por no cederle la batalla a Internet y poder ocuparse de la vida de aquellos, y aquellas, que se dedicaron a escribir y publicar. Últimamente no vemos muchas biografías, sino lo que podríamos llamar paratextos: notas, fragmentos, correspondencias. Una vez alguien dijo: “Lo que nos interesa es saber cómo se salvaron”. Creo que esta palabra, “salvarse”, tiene una relación directa con la obra de Clarice Lispector (Tchetchelnik, Ucrania 1920-Río de Janeiro, 1977); ella se salvó de un desastre familiar a través de sus textos que revelaron la parte más extraña, impenetrable y as-



Clarice Lispector (Tchetchelnik, Ucrania, 1920-Río de Janeiro, 1977).

fixiante de la realidad, un universo que muchas veces ha sido comparado con el de Kafka. Laura Freixas, en su excelente biografía *Ladrona de rosas*, revela detalles de la vida de la autora, uno de ellos, que fue concebida con el propósito de curar a su madre enferma. En ese sentido, el sentimiento de culpa, que la persigue toda su vida, en una misión que no se cumple, mantiene una relación con la obra de Kafka que gira también en torno a un profundo sentimiento de culpa, frente a la incapacidad de asumir y justificar su propia existencia. Clarice escribe: “Sé que mis padres me perdonaron haber nacido en vano, traicionando su gran esperanza, pero yo no, no me lo perdono” (*Ladrona de rosas*, página 39). Nacida de una familia judía emigrada en los años cuarenta a Brasil a raíz de los pogromos, Clarice vivirá en Maceió, enseguida en Recife, y finalmente en Río de Janeiro, donde permanecerá hasta su partida en exilio, en los años cuarenta. Haia (vida en hebreo), quien tiene nueve años cuando llega, se convertirá en Clarice, la escritora, de quien se desconoce el origen judío hasta el día de su entierro en el cementerio judío carioca, en 1977.

En 1944, Clarice Lispector debuta bajo proyectores con su primera novela, *Cerca del corazón salvaje*, y rompe con una tradición realista, preocupada en diseñar el retrato del país de entonces. Ella se inscribe

en el movimiento iniciado, entre otros, por Vinicius de Moraes, Octavio de Faria y Lucio Cardoso, con una literatura intimista, que bordea los contornos difusos de la conciencia, e ignora la causalidad en la narración, logrando perderse en el latido de un lenguaje en perpetuo movimiento. Sus novelas y sus cuentos se colocan entre un mundo latente, casi subconsciente, y uno muy concreto, para ser el grito de un animal herido que se resiste a morir sin dejar huella. Salvo en sus cuentos, que empieza a publicar muy joven en diarios cariocas, y donde la estructura es más convencional, todos sus textos llevan una marca fenomenológica y exploran ese lado oscuro de lo real, una especie de evocación ritual (casi chamánica) con el lenguaje que despierta un brillo casi hipnótico. “La hechicera de la literatura”, como la llamaron algunos, empieza su exilio en 1944, después de la publicación de *Cerca del corazón salvaje*, vive en Nápoles, Berna, Torquay, Washington, junto con su esposo diplomático, Maury Gurgel Valente, tiene dos hijos, Pedro y Paulo, sigue escribiendo y mantiene una correspondencia profusa con sus amigos y con sus dos hermanas, Elisa y Tania (*Queridas mías*). En tiempos de pobreza, ya separada de Maury, Clarice Lispector escribirá crónicas para una revista femenina transformada en una mujer frívola, casi desencarnada, una mujer que se esfuerza en ser buena esposa, anfitriona y madre, en medio de instantáneas de Eva Perón o Giorgio di Chirico, tras la máscara de “la esposa de Gurgel Valente”. Nadie sabía que escribía y ella estuvo segura de que fue mejor así. En una crónica sobre cómo realizar los rasgos del rostro escribe: “Hay mujeres de quienes podríamos decir que no tienen rostro” (*Sólo para mujeres*). Un detalle que impresiona en la biografía de LF es que podía llamar a su maquillador a cualquier hora de la madrugada para una sesión de maquillaje. El desfase entre la escritora y la

mujer nunca se reduce, durante su vida en el extranjero, su correspondencia no revela muchos detalles de su contacto con el exterior, salvo cuando escribe: “Casi no salgo, llevo una vida reclusa en casa”. Lispector escribirá la mayoría de sus novelas en exilio, *La ciudad sitiada*, *La pasión según G. H.*, comparada con *La náusea*, de Sartre, en 1959 decide volver a Río, donde seguirá escribiendo (novelas, cuentos, y las crónicas para mujeres que publica Siruela), *La hora de la estrella*, escrita poco antes de su muerte, luego de haberse quemado en un incendio, al olvidar un cigarrillo encendido; engorda, se deprime, Paulo, su hijo, confiesa: “Creo que vivió mal la pérdida de belleza y la vejez”. La escritora no alcanzó a colocarse en el lugar de la mujer (¿estrategia de sobrevivencia?), de la lectora de Spinoza y de Sartre, de aquella que se definió como “una tímida decidida” y “una invitada de la literatura”, aunque en realidad fue y siga siendo, su centro. •

**Sólo para mujeres. Consejos, recetas y secretos.** Clarice Lispector. Traducción de Elena Losada. Siruela. Madrid, 2011. 216 páginas. 19,95 euros. **Queridas mías.** Clarice Lispector. Notas e introducción de Teresa Montero. Traducción de Elena Losada. Siruela. Madrid, 2010. 332 páginas. 22,95 euros. **Ladrona de rosas. Clarice Lispector: Una genialidad insoponible.** Laura Freixas. La Esfera de los Libros. Madrid, 2010. 296 páginas. 23,90 euros.



## Todos tienen razón

Paolo Sorrentino

Traducción de Xavier González Rovira  
Anagrama. Barcelona, 2011  
360 páginas. 19,50 euros

**NARRATIVA.** CINEASTA DE PRESTIGIO, autor de una película premiada sobre Giulio Andreotti, *Il Divo*, Paolo Sorrentino (Nápoles, 1970) irrumpe con una novela en la que destacan parecidas virtudes y defectos que en su cine. La diferencia es que la novela tiene sus reglas y las palabras otro peso que las imágenes. Si en *Il Divo* cargaba sobre el claroscuro y la caricatura del personaje clave de la reciente historia italiana, en *Todos tienen razón* el napolitano llena de verborrea incontenible la boca de su narrador. La novela se basa en el discurso de un cantante, Tony Pagoda, que repasa su trayectoria, juzga a quienes pasaron por ella y se despacha a gusto con la vida y sus circunstancias, sin prescindir del exabrupto, la escatología y cierto acento populista. Le conocemos una noche que canta ante Frank Sinatra. Se mete Pagoda en un fregado de traficantes pues la cocaína le acompaña desde hace más de veinte años. El principio, si descontamos el prólogo, promete. Tiene un lenguaje duro, directo, preciso. Parece que nos descubrirá algún misterio italiano, como buscaba en *Il Divo*. El personaje perderá visibilidad cuando se torne nostálgico, cuando se ablande. Con una estructura débil, la novela se resiente de algunos detalles poco cuidados: la música suena mal tratándose de un cantante; su único amor, Beatrice, parece que la conoció en una vieja película anterior al neorrealismo; su escapada a Brasil tras su divorcio huele sólo a recurso novelesco, aunque nos haga conocer un Manaos delirante de escarabajos e indolencia. Al final lo que lastra esta historia divertida a veces, previsible otras, es sobre todo el exceso. Y es que hay ese prurito primerizo a ponerlo todo en un libro por si acaso no escribes otro. Al mismo tiempo, disfrutamos aquí de esas raras ráfagas frescas de verdad y pasión que quizá una segunda obra sea incapaz de dar. Ahí está la fascinante Nápoles como única ciudad con “sentido, con esa apertura alada hacia el mar, interminable”, y un hombre que huye fatalmente de ella porque “no se puede ir a cualquier lado más allá del propio cuerpo”. En cine, Sorrentino apunta a lo clásico. En novela, todavía le falta paciencia y madurez. **José Luis de Juan**



## Cartas a Emma Bowlcut

Bill Callahan

Traducción de Héctor Castells  
Alpha Decay. Barcelona, 2011  
128 páginas. 15 euros

**NARRATIVA.** BILL CALLAHAN es músico. Tiene una bonita voz. Ha publicado numerosos discos y una novela, *Cartas a Emma Bowlcut*. Sus editores afirman que se trata de una “novela íntima y confesional, en la línea de las mejores letras del músico estadounidense”. Imagino que debe de ser como ellos

dicen, porque yo no había oído a Bill Callahan antes y una canción escuchada en Internet no parece suficiente para argumentar sobre la música de nadie. “Íntimo” y “confesional” no son, en cualquier caso, malos adjetivos para definir un libro, muy breve, escrito en forma de novela epistolar: 62 cartas, una por capítulo, destinadas a una tal Emma Bowlcut, a quien el protagonista conoció en una fiesta. Escribir cartas hoy en día es, en sí mismo, llamativo. Un protagonista que no escribe *e-mails* ni tuits, que no envía *podcasts* ni enlaces a su *photolog*, que no utiliza Skype ni WhatsApp... es una *rara avis* digna de atención. Hablar tan solo de uno mismo en las cartas —estados de ánimo, pensamientos, sentimientos, maneras de pasar el tiempo, menciones a otros amores, problemas con los dientes, la afición al boxeo...— es, por el contrario, más de lo mismo, se llame cartas o Facebook. De Emma Bowlcut, que da título a la novela, hay poco que contar porque el protagonista está demasiado ocupado consigo mismo. Es un científico, pero no parece saber que para enamorar a una mujer es aconsejable hablarle sobre ella y no sólo sobre él, por muy interesante que sea. Hay formas más o menos artísticas de lamerse el ombligo, actividad más habitual de lo que parece en asuntos amorosos, pero a la larga el ombligo ajeno suele provocar hastío. Y habría que preguntarse si Emma Bowlcut llegó a leer las 62 cartas o encontró algo mejor que hacer por el camino. **Nuria Barrios**



## Semillas de gracia

Thomas Mermall

Prólogo de Antonio Muñoz Molina  
Traducción de Eva Rodríguez  
Pre-Textos. Valencia, 2011  
564 páginas. 22 euros

**MEMORIAS.** THOMAS MERMALL, fallecido hace escasos días, había nacido en un lugar de Centroeuropa que hoy pertenece a Ucrania. Pero acabó instalado en Chicago y después en Nueva York donde transcurrió su vida académica como hispanista. “Mi hispanofilia es incurable”, certifica en este bello libro de memorias, testimonio emocionante y fiel de una vida y lúcida reflexión sobre el tiempo que ha vivido. Los dos capítulos iniciales constituyen un relato impresionante que transporta su luz al resto del libro (y de paso también algunas sombras). Se cuenta cómo el autor, niño de seis años, y su padre, judíos, escapan de los nazis, mientras la madre acaba sus días en el campo de exterminio de Auschwitz. Se convierte en el espíritu del niño en una figura celestial, la primera que proyecta sobre su vida las “semillas de gracia”. No es la única. Esas páginas se completan con los perfiles de gran penetración psicológica de su madrastra y de su hermanastro. La balanza se equilibra: “Heroísmo y cobardía, bondad y crueldad” despliegan sus poderes. Esto es sólo el principio. Del resto, hay que destacar dos materias. La primera, lo que el autor llama “lujuria” que empieza con un elogio encendido del cuerpo femenino y se adentra después en una sorprendente y pormenorizada exposición de su vida erótica que tras un largo viaje lleno de placer y sufrimiento termina como Ulises llegando a los brazos de la esposa ideal (Penélope) y despidiéndose de su ajeteado pasado. La segunda cuestión es un conocimiento adquirido. De siempre, el azar, la casualidad y las coincidencias o los actos que han decidido realizar otras personas influyen, para bien y para mal, en nuestras vidas: “Todo está en la mano que tira los dados”. **Lluís Satorras**